



La presencia de López Rodó en Barcelona ha sido muy comentada en los medios políticos. No hace mucho, el ex ministro comentó

LAS JORNADAS BARCELONESAS

HORAS antes de que los tres mil consejeros locales y provinciales del Movimiento se reunieran en Montjuich para escuchar el discurso del presidente Arias llovía a cántaros. Pero la tormenta se esfumó y ahora, en la gran explanada del Palacio de Congresos y Exposiciones, hace un sol de verano. Un destacado funcionario de la Presidencia del Gobierno comenta ante mi extrañeza por este brusco cambio meteorológico: «Estaba previsto; habíamos consultado a expertos de la base de Torrejón y nos dijeron que hoy el tiempo sería fresco y soleado; mañana, algo más caluroso, y pasado mañana, igual».

Con un cuarto de hora de antelación acuden en sus automóviles oficiales varios generales, el ministro de Educación y Ciencia, el alcalde de Barcelona, el presidente de la Diputación y el consejero y ex ministro López Rodó.

El presidente del Gobierno

llega, como es su costumbre, puntual, y acompañado del ministro secretario general del Movimiento, que viste de civil y con camisa blanca. El señor Arias Navarro tiene la tez bronceada, sin duda como resultado de su reciente estancia deportiva en Asturias.

DISCRECION DE LOS CATALANES

Las autoridades penetran en el Palacio de Congresos y ascienden al auditorio por la escalera de la derecha, mientras el público restante lo hace tanto por la derecha como por la izquierda. Apenas hay jóvenes. La mayoría es gente de mediana edad. A las señoras se las podría contar con los dedos de una mano. Pero es tal la aglomeración, que todos no caben en el recinto y algunos deben seguir el acto a través de televisión en circuito cerrado. Expectación y nervio-

sismo son grandes; mucho mérito el de los fumadores que se abstienen de hacerlo.

En tiempos de inflación de discursos y declaraciones no deja de tener encanto la discreción y la espontaneidad. Los catalanes han comprendido esto. El alcalde de Molins de Rey da la bienvenida al presidente Arias en nombre de todos los pueblos de Cataluña y advierte en los rostros de muchos campesinos una expresión satisfecha. El aplauso lo arranca esta frase pronunciada en catalán: «D'aquesta terra catalana, tant nostra i tant estimada, treballant per el seu engrandiment, que es el de tota Espanya».

Desde esta tierra de trabajo se le hace llegar al presidente del Gobierno «la voz, la ilusión, la lealtad y la esperanza».

El señor Masó, alcalde de Barcelona, que ocupa asiento en la tribuna entre Pilar Primo de Rivera y López

Rodó, prolonga su aplauso.

Luego interviene el jefe provincial del Movimiento, gobernador civil de Tarragona, quien pide igualdad de oportunidades en la participación política y entrega al señor Arias las conclusiones de los Consejos Locales y Provinciales. El señor Aigé Pascual es víctima de un lapsus que algunos asistentes comentarían al abandonar el auditorio: cuando se refiere a «justicia social» convierte esta última palabra en «local».

VEHEMENCIA DE UTRERA MOLINA

Durante diez segundos, los asistentes, en pie, ovacionan al ministro mientras una guapísima azafata de congresos deposita un vaso de agua junto a los micrófonos. Con su ardorosa alocución, el señor Utrera Molina electriza al público, que aplaude con entusiasmo su frase final:



a Pedro Rodríguez: "Me tienen a caldo, Rodríguez". Don Laureano ocupó un lugar próximo al presidente en el acto de Montjuich.

DEL PRESIDENTE ARIAS

Crónica y fotos de nuestros enviados especiales, Ignacio Carrión y Jaime Pato

«Queremos —dice— empeñar nuestras vidas para que el legado de Franco se proyecte sobre otros cincuenta años de historia».

Se ha llegado al climax de la sesión. Ha transcurrido una hora exacta desde el comienzo de la misma. Ahora el silencio es impresionante. Las autoridades que acompañan en la mesa presidencial a don Carlos Arias Navarro se enderezan en sus asientos.

Un labriego que comparte las aperturas en uno de los pasillos se enjuga el sudor con su gran pañuelo a cuadros y comenta: «A ver ahora».

En otro lugar de este mismo número de BLANCO Y NEGRO, Gabriel Cisneros comenta el discurso del presidente Arias. Voy a limitarme a señalar aquí que la inflexión de la voz, la sobriedad de gestos y expresiones, la calma y dicción utilizadas por el jefe del Gobierno devolvía a los oyentes a un estado de

ánimo apacible, casi coloquial y refrigerante. El ardor se comprimió en los doce aplausos con que fueron interrumpidas sus palabras que, el mismo presidente recalcó, «no han tenido el énfasis de las declaraciones solemnes ni han buscado el cobijo del aplauso fácil». La duración exacta del discurso fue de media hora.

Desde las últimas filas, un asistente inició el canto del «Cara al Sol» y aunque las autoridades daban por finalizado el acto se inmovilizaron unos instantes para, puestos en pie, entonarlo.

El almirante don Alberto Cervera, que aplaudió al final de los discursos, pero no en las interrupciones, más que cuando el nombre de Franco se mencionaba, también entonó el «Cara al Sol», igual que lo hizo Laureano López Rodó.

La primera felicitación al presidente, con una rapidez notable, se la dio López Ro-

dó, quien inició un gesto de abrazo. Abrazo que, ya a la salida, obsequió a Utrera Molina con estas palabras: «Has estado muy bien, muy bien. ¿Por qué no quedamos esta semana en vernos?».

NO DESAYUNARON PARA LLEGAR A TIEMPO

Con sus rostros curtidos, sus manos fuertes, vistiendo muchos camisa azul, los asistentes venidos de lejanas comarcas no habían podido desayunar por temor a llegar tarde a Montjuich. «Nosotros venimos de un pueblo al lado del valle de Arán —comenta un hombre de cuarenta y ocho años—, y salimos de allí a las dos de la madrugada; no hemos desayunado». Otro campesino, cuando le pregunto cómo van las cosas por su tierra, allá por Lérida, dice que «lo de la economía, bastante mal; eso sí que es un problema difícil». Y un tercero, algo más joven, añade:

«Igual que hay paz para todos, ahora necesitamos más pan para todos también».

EXTRAORDINARIAS MEDIDAS DE SEGURIDAD Y PROTECCION

Todos los desplazamientos del presidente Arias en Barcelona y su comarca fueron rodeados de extraordinarias medidas de seguridad. Policía Armada, Guardia Civil y una fuerza llamada «Reserva General» (cuyo acuartelamiento está en Tortosa) cubrieron los trayectos y se situaron en puntos estratégicos.

A los informadores se nos han dado toda clase de facilidades y hemos podido entrar y salir, movernos libremente, en el círculo interior de la escolta del presidente. Lo cual, en momentos en que nuestra labor profesional ha sufrido sobresaltos, es algo que debe servir como ejemplo. Si el presidente del Gobierno ha permitido que estuviéramos tan cerca, que es-

RECIBIA LOS DIARIOS DE MADRID POR VALIJA DIPLOMATICA URGENTE

cucháramos los comentarios suyos, de su esposa o del resto de las autoridades. ¿por qué razón figuras de inferior relieve parecen empeñadas en entorpecer nuestra labor profesional en actos también de menor relieve?

Porque he podido observar de cerca a unos y otros es por lo que ahora voy a relatar algunas anécdotas de este viaje a Barcelona.

LA CORBATA DE LOS PERIODISTAS

Con el programa de actos y visitas del señor Arias, la Delegación de Información y Turismo de Barcelona repartió, grapada a él, una breve recomendación para los periodistas. Más o menos, decía que no olvidáramos ponernos corbata. El amable consejo ha sido muy comentado entre los compañeros catalanes. Y parece ser que, conocido su espíritu de camaradería, sinceridad y buen humor, ya han pedido al Ministerio que imprima una corbata y la distribuya. De este modo la Prensa y el Ministerio dispondrán de un nuevo lazo de unión a la altura del cuello.

El domingo, a las diez de la mañana, estaba anunciada la asistencia del presidente a la basílica de Nuestra Señora de la Merced para asistir a misa. La jornada sería de descanso y totalmente privada. Yo había recibido el aviso de que el presidente acudiría a pie desde el Go-

bierno Civil, lugar donde ha residido, hasta la basílica, que dista unos diez minutos andando. El día anterior todo el programa había sido tan apretado que los desplazamientos fueron en automóvil casi de carreras. De la Universidad de Bellaterra a Tarrasa y Sabadell, y de allí, luego de un breve encuentro en el Gobierno Civil con monseñor Jubany, a Montserrat, donde desde hacía un siglo no rendía visita oficial ningún jefe de Gobierno. Así que las esperanzas de un «paseo por la calle» las anidaban los reporteros gráficos en cuanto tuvieron noticia de su posibilidad. ¿Qué pasó?

Pues que en los últimos momentos, cubierta la carrera por dos accesos diferentes, nadie estaba seguro no sólo del paseo a pie, sino de la trayectoria que iba a seguirse. Como si el mismo presidente intuyera tal desconcierto —unos fotógrafos iban por una zona, los otros por otra—, su decisión fue salomónica: llegó en automóvil hasta la mitad del recorrido y lo completó calmosamente a pie.

LA CORBATA DE ESTERUELAS

Ah, pero no todo iban a ser corbatas de periodistas. El ministro de Educación y Ciencia llegó a la basílica muy deportivo. Pensando que de misa irían directamente al Club Náutico para embarcarse en un yate, don Cruz Mar-

tínez Esteruelas se ha presentado sin corbata. Los periodistas le miran. Y algo debe llegar a sus oídos cuando, ya el matrimonio Arias muy cerca de la entrada del templo, se pone pálido y pide que le dejen a toda prisa una corbata. Acostumbrado como está a soluciones de emergencia en su propio Departamento, don Cruz resuelve el problema. Le escucho pronunciar esta frase: «Buenos días, presidente, acabo de ponerme esta corbata que me han dejado porque, perdóneme, pero pensaba en la jornada náutica de hoy...».

Don Carlos Arias le da unas palmaditas en el brazo, muy sonriente. Por supuesto, tanto él como el resto de las autoridades han venido «*en domingo*».

A la misa, celebrada por el párroco, quien en su homilía diría «*aquel que tutela la ley es el defensor de la libertad*», asisten también el gobernador civil, el alcalde y el presidente de la Diputación. Comulgan doña Luz y don Carlos Arias, García Hernández, Masó, Martín Villa y Samaranch.

Entretanto, un funcionario de Información y Turismo llega corriendo hasta las puertas de la basílica con un paquete en el que puede leerse «*Valija diplomática*». ¿Y eso qué es?, pregunto al acalorado funcionario. «*Son los diarios de Madrid que el presidente ha pedido que le traigamos...*».

El presidente vuelve a Gobierno Civil, esta vez a pie. Allí descansa unos momentos, cambia de indumentaria y lee los periódicos. Hace un día de mar calma y de sol. En el Club Náutico le espera impaciente el propietario del yate «*Danae*», señor Mir, y da instrucciones a sus marineros para que repasen los cristales, algún metal y todo esté impecable. El señor Mir viste chaqueta «*blazer*», pero calza zapatos de calle para «*no poner a nadie en una situación embarazosa*».

EL MINISTRO CARRO PREFIERE LA VELA

Van llegando policías al muelle. De vez en cuando, los motores del barco rugen unos segundos. Hay una lancha neumática con submarinistas a cincuenta metros. La casa «*Semon*» aprovisiona unos aperitivos a bordo. Pero se ignora quién será invitado por el presidente a este minicrucero. Pregunto al señor Mir si es reciente su amistad con el presidente o es anterior al nombramiento. Y alguien, muy oportunamente, media en la conversación: «*Como el señor Mir es muy discreto, vale más que no política nada de todo esto, ¿comprende?*». Y ahora Mir redondea aquella afirmación con un lance inteligente: «*Mire, yo no soy quién para invitar a nadie al yate; lo he puesto a disposición del presidente y es él quien manda*».

El presidente Arias, acompañado del capitán general de Cataluña y del alcalde de Barcelona (esta vez el señor Masó aparece sin su inseparable cigarro puro), regresan de la basílica de Nuestra Señora de la Merced al Gobierno Civil, dando un paseo.



Luego me dice este conocido industrial catalán: «A lo mejor pescamos un atún; el otro día un amigo mío sacó uno, por lo menos, así de grande...».

—Ay, qué horror —comenta la señora de Arias aproximándose al barco— Temo que me voy a marear. Me he tomado dos «Dramamine», pero dan mucho sueño...

Y otra vez el problema de las camisas, las corbatas y los botones, que pienso que divertirían mucho al señor presidente. Ahora es el anfitrión, Mir, quien, como un águila, ha advertido que don Carlos Arias, que viste una camisa polo color granate, la lleva abotonada hasta arriba. Y ahí vemos al conocido industrial, medio de espaldas, para abotonarse la camisa, sudando más que si de pronto se le encallara la embarcación.

El ministro de la Presidencia, señor Carro, ha preferido la vela y otro industrial le brinda su hermoso yate «Cris-Len III», que zarpa airoso por delante del «Danae». ¿Y de quién es este velero?, pregunto. «Ah, del dueño de la lactaria «Ram» —me dicen—, otra potencia aquí...»

Los fotógrafos fijan imágenes de la maniobra náutica, apelonados en el muelle. Con el presidente, que se acomoda junto al timón, empuñado por Mir, navegan el vicepresidente primero, García Hernández, el ministro de Educación y Ciencia y el gobernador civil. Curiosa coincidencia: mientras las esposas de éstos, muy prudentemente, han tomado asiento en la cubierta, los dos ministros lucen ahora idénticas camisas polo granate (también el presidente lleva otra igual) y aguardan, charlando en la parte de babor, el momento en que el «Danae» alcance al velero del ministro de la Presidencia.

Ramón Guardans, presidente de la Junta del Puerto de Barcelona, me ha permitido seguir desde la canoa oficial, puesta a disposición de BLANCO Y NEGRO, esta singular regata.

En la bocana del puerto, con mar lisa y atrayente, el «Danae» aventaja al otro barco, y Esteruelas, que lo está pasando en grande, se lleva a la boca los dedos desafiando a Carro con un gesto inconfundible: «¡Que os estamos comiendo!», dice.

Ignacio Carrión



Gran expectación y absoluta reserva ha suscitado la breve entrevista mantenida por el presidente y el abad de Montserrat en el monasterio. Momentos antes, y a petición de monseñor Jubany, el señor Arias Navarro recibió al prelado de Barcelona en el Gobierno Civil.

